

en dejar lisos los amplios muros, sin mas adorno que una gran cornisa y algunas pequeñas ventanas de gracioso corte, altas y estrechas, partidas por una columna que forma dos arcos, tan semejantes á los de las ojivas góticas como á los de los agimeces árabes.

Estos palacios tienen un aspecto, á la vez elegante y sombrío, guerrero y voluptuoso, que recuerda á los aristócratas florentinos, tan ilustres en las letras y en las artes como terribles en la plaza pública ó en los campos de batalla.

El cochero nos iba diciendo entre tanto el nombre de algunos de aquellos edificios...—nombres que levantaban un mundo de recuerdos en mi imaginación.

—Este es el palacio *Stiozzi Ridolfi*, donde habitó *Blanca Capello*, —esclamaba.—Este es el *Palacio de los Médicis*, su primera casa, en donde vivían como simples banqueros, antes de ser llamados al gobierno de la ciudad y del mundo.—Este es el *Palacio Strozzi*, tipo y modelo de los palacios florentinos.—Esta es la *Casa Buonarroti* (la casa de Miguel Angel), donde vive todavía un descendiente de su familia y se ven dibujos, instrumentos y muebles que pertenecieron al grande artista, así como su correspondencia!!—Esta es la *Casa de Alfieri*.—Esta es la *Casa de Dante*.—Aquí vivió *Galileo*.—Aquí *Maquiavello!*...

Y mientras el cochero hablaba de este modo, íbamos encontrando estatuas y mas estatuas (pasan de 200 las que decoran las calles y plazas de la capital), fuentes y mas fuentes, grandiosos templos, magníficos arcos, millares de obras artísticas.

Y huyendo de tanta grandeza, abrumados por tantas emociones, salimos al campo, y en el campo encontramos centenares de lujosos carruajes, ocupados por lores ingleses, opulentos americanos y príncipes de toda Europa; *villas* regias; bellísimos jardines; la grandiosa mole del *Palacio Pitti*, vista á lo lejos; la remota perspectiva de cúpulas y torres, debajo de las cuales sabíamos ya que nos esperaban nuevos prodigios de arte que admirar...—¡Siempre Florencia! ¡Florencia por todas partes; cada vez mas bella y mas rica, mas elegante y seductora!

Al espirar el día, estábamos en el *Monte alle Croci*, elevada colina que domina toda la ciudad.

Desde allí conseguimos al cabo abarcar de una ojeada tantas maravillas; deslindarlas; sentirlas en conjunto...

¡Florencia!... murmuraba yo todavía, como queriendo evocar en mi corazón nuevos deseos cifrados en este mágico nombre, nuevas ilusiones compendiadas en él...

Lentamente fue apagándose en el cielo el resplandor del crepúsculo, mientras que del perezoso Arno iba levantándose una niebla blanquecina que empezó á ocultarnos la ciudad.

Entonces brillaron algunas luces en los balcones de los palacios, y luego en las calles y plazas...

Había anochecido.—Ya era un recuerdo mi primer día en la patria de Ali-

ghieri.—Aquellas luces que brillaban en las tinieblas, me parecían antorchas funerales que circuían el túmulo de mis ilusiones infantiles.

En esto sonaron todas las campanas de la estensa ciudad, unas despues de otras, pero confundiéndose al fin en una sola plegaria...

Era la Oración.

¡Cuán lejos de la patria nos sorprendía la noche!

El melancólico acento de las campanas decía claramente en su idioma universal: *Ave-María*.

No éramos, pues, tan extranjeros en la culta, en la sensual, en la pagana Florencia...

Cuando bajamos del *Monte alle Croci*, duraba aun en el remoto Occidente un cárdeno reflejo del pasado día.

V.

La vida en Florencia.—Costumbres.—Paseos.—Las floristas.—Teatros.—El *Perro de Florencia*.—*Pitti* y *Uffizi*.—La *Virgen de la Silla*.—La *Venus de Médicis*.—Iglesias.—Monumentos.—Salimos para Roma.

Florencia 19 de diciembre.

Dentro de algunas horas saldremos de Florencia, donde he pasado siete días inolvidables.

La hermosura de la ciudad, la amenidad de los campos, la transparencia del cielo, la cultura y suavidad de las costumbres, los millares de obras maestras de arte que he admirado en iglesias, palacios y museos; la belleza de las florentinas; lo apacible de la estación; todo ha contribuido á encantar mi breve permanencia en la capital de la Toscana.

Sin la proximidad de la *Noche-Buena*, que me obliga á salir para Roma, por las razones que diré mas adelante, permanecería á las orillas del Arno mientras durasen estos hermosos días de diciembre, ricos de sol y de alegría, que solo tienen su igual en España.

¡Oh, qué mañanas tan esplendorosas, tan risueñas, tan bonancibles!—Las aves, que creen llegada la primavera, abandonan sus nidos y vuelan anunciando sus amores. Los árboles conservan todavía las hojas del año que termina, y yo las confundo á veces con las de un año nuevo. Vistasas flores adornan los campos, las esquinas de las calles, los balcones de las casas, las trenzas de las florentinas, el pecho de sus amadores y sobre todo los grandes azafates de las floristas callejeras. Las damas principales pasean en coche abierto. Los ingleses fuman en los balcones de los hoteles, contemplando estasiados el océano de luz que inunda el horizonte, y no echando de menos seguramente las tristes nieblas de Londres. Al canto de los pájaros de que hablaba hace poco, se unen las voces de los innumerables organillos que recorren la ciudad, y también los ecos de mil

pianos, y el monótono solfeo de las melancólicas *ladys* y de las apasionadas *signorine* que aprenden música, y las orquestas de los cafés, y por último, el son de las campanas, que parece venir de remotas tierras, de apartadas costas, de otra península hermana de la Italia, bañada también por el Mediterráneo, querida también del sol y de las flores!...—¡Inolvidables días, vuelvo á decir!

Mi vida, durante ellos, ha sido la siguiente.

Por las mañanas he visitado las iglesias, que son verdaderos museos artísticos, famosos por su arquitectura y por los cuadros, frescos, estatuas y bajo-relieves que encierran.

Entre tanta maravilla de arte, recordaré eternamente, y recomiendo á aquellos de mis lectores que vengan á esta ciudad:

Los frescos de la capilla *Brancacci* en la Iglesia del *Carminé*, sobre todo los firmados por *Masaccio*:

La Iglesia de *Santa Croce*,—que es á Florencia lo que *San Juan y San Pablo* á Venecia; el Panteon histórico de la ciudad,—donde reposan en magníficas sepulturas Miguel Angel, *Maquiavelo* y Galileo; donde se hallan los mausoleos levantados á Dante y Alfieri (el de este último esculpido por Cánova); donde hay preciosísimos frescos de *Giotto*, estatuas de Donatello, y hasta un cuadro de Cimabue, y donde se ve un sepulcro que encerró provisionalmente los restos de José Napoleon, rey que fue ó pensó ser de nuestra España:

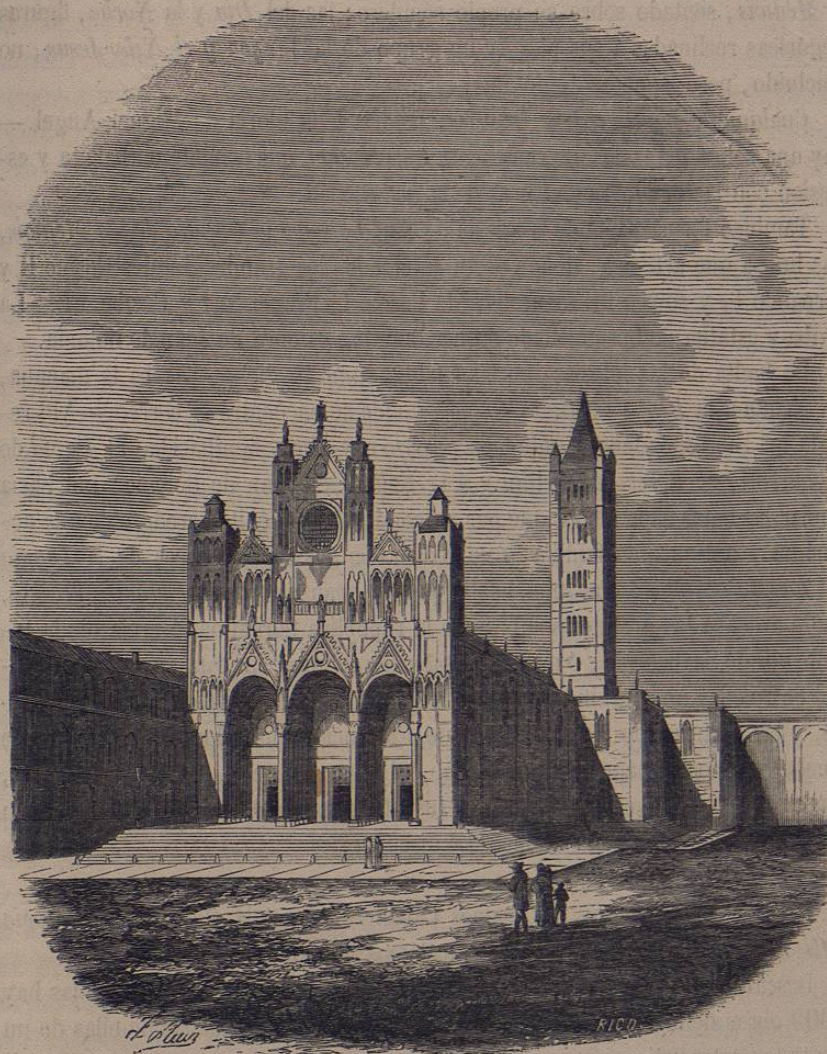
El Convento de *San Márcos*, lleno de sublimes pinturas del padre *Juan de Fiésole*, ó sea de *Beato Angelico*, de aquel artista seráfico, de aquel Platon del arte cristiano, en cuya misma celda vivió despues otro religioso no menos ilustre, que parecia haber heredado su alma; el infortunado *Savonarola*, espositor elocuente del ascético misticismo del monje artista, y paladin (como él) del espíritu puro, fuente de vida de la religion de Jesus, contra el materialismo pagano que volvía á la sazón sobre Italia ó, por mejor decir, sobre toda la cristiandad:

La Iglesia de *Santa María Novella*, donde hay que admirar, entre otras muchas cosas, la renombrada *Madonna de Cimabue*, «primer monumento del renacimiento del arte en Florencia» (dice un crítico), llevada en triunfo por el pueblo desde el taller del pintor á dicha iglesia; los célebres frescos de *Ghirlandajo*, maestro de Miguel Angel, que revisten todo el coro; un *Crucifijo*, tallado en madera, obra de Brunelleschi, del que se dice que no tiene rival en el mundo, y un *Juicio Final*, pintado en un muro por Andrés Orcagna, quien no vaciló en colocar á Dante entre los bienaventurados, á pesar de que, como ya hemos dicho, el artista era casi contemporáneo del poeta:

Or *San Michele* (es decir, *ahora San Miguel*), originalísima iglesia, que ya he nombrado otra vez, construida para lonja de granos, y tan notable por su bella arquitectura gótica, como por las estatuas debidas á Juan de Bolonia, *Ghiberti* y *Donatello*, que adornan el exterior (1), y por el tabernáculo de mármol

(1) De estas estatuas, las mas bellas son la de *San Jorge* y la de *San Lucas*, ambas ejecutadas por Donatello.—A esta última fue á la que dijo Miguel Angel, lleno de admiración:—«Márcos, ¿por qué no me hablas?»

blanco, también de estilo gótico, obra del citado Orcagna, que se admira dentro del templo, y que constituye una de las maravillas de que mas se enorgullecen los florentinos:



Catedral de Siena.

Y finalmente, otros frescos de *Ghirlandajo* que decoran la sacristía de *Santa Trinitá* y representan la vida de San Francisco.

De intento he dejado para lo último el hablar de *San Lorenzo*, magnífica iglesia, propiedad y monumento de los Médicis, donde se ve la célebre *Sacristía Nueva*, construida y adornada por Miguel Angel para Panteon de aquella familia.

Allí se admiran siete obras maestras de escultura de este soberano artista: la *estátua de Lorenzo II de Médicis*, ó sea *il Pensiero* (la meditacion, el pensamiento), llamada así por su actitud soñadora; la *Aurora* y el *Crepúsculo*, figuras alegóricas que reposan sobre el sarcófago de Lorenzo; la *estátua de Julian II de Médicis*, sentado sobre su propio sepulcro; las del *Día* y la *Noche*, figuras alegóricas reclinadas á sus pies, y un grupo de la *Virgen y el Niño Jesus*, no concluido, pero sumamente notable.

Cualquiera de estas siete estatuas bastaría á la gloria de Miguel Angel.—Hay una sobre todo, la que representa á la *Noche*, que compite en belleza y expresion con las mejores esculturas de la antigüedad.

Tambien forma parte de la iglesia de *San Lorenzo* la *Capilla de los Médicis*, mas lujosa que artística, donde están enterrados los grandes duques Cosme II y Fernando I, y se ven los mausoleos de Cosme I, Francisco I y Cosme III.—La tumba y estatua de Cosme II, de bronce dorado, es obra de Juan de Bolonia.

De vuelta de las iglesias, en las cuales, como he dicho, pasaba la mañana, me dirigia á la *Plaza del Gran Duque*, donde se encuentra el correo.—Allí recogia mi correspondencia; saludaba al paso con cierta familiaridad al *David* de Buonarroti, al *Perseo* de Cellini y á la *Sabina* de Juan de Bolonia; me hacia limpiar las botas nada menos que por un conde, primogénito heredero de una nobilísima y antiquísima familia, establecido con sus cepillos cerca de la *Loggia de' Lanzi*; entraba á dar una vuelta por el gran salon del *Palazzo Vecchio*, donde evocaba las grandes sombras de la república florentina, ó creia oír la tonante voz de Savonarola, ó me contentaba con admirar las estatuas que lo decoran (entre ellas un magnífico grupo de Miguel Angel; *La Victoria* y un *Prisionero*), y las pinturas de Vasari (fastos de Florencia) que adornan los techos de aquella espaciosa estancia; y por último, al sonar las once, me dirigia al hotel, —á cuya puerta me esperaba siempre Jussuf, quien me daba los buenos dias con una infantil sonrisa y con este lacónico discurso:

—Almorzar.

Después de almorzar, nos íbamos Caballero y yo á la *Galería del Palacio Pitti* ó á la de *Uffizi*, donde permanecíamos hasta las tres de la tarde...

Deseando y temiendo estaba hablaros de esas dos galerías.—En ellas hay 3,000 obras de arte, dignas todas de especial mencion y muchas de ellas de un mérito tan extraordinario que no reconocen rival en el mundo entero.—¡Imposible, no digo describirlas, sino citarlas en un libro como este!—Imposible tambien pasarlas en silencio!

Para salir de este apuro, me contentaré con hablaros de aquellas que mas me sorprendieron, y cuyo recuerdo sobrenada todavia en el Océano de mis confusas impresiones.

Empezaremos por la *Galería Pitti*.

El *Palazzo Pitti*, construido por un comerciante particular, á quien se lo compró Leonor de Toledo; llevado por esta en dote á Cosme I de Médicis, que trasladó á él su residencia, abandonando el *Palazzo Vecchio* ó de la *Señoría*, y

habitado después por todos los grandes duques de Toscana, es un edificio inmenso, grandioso, originalísimo, levantado sobre enormes sillares toscamente labrados á la manera etrusca (de los que hay muchos cuya longitud pasa de ocho metros) y mas parecido á una ciudadela que á una mansion real. Detrás de esta construcción de titanes, hay unos estensísimos jardines, que ocupan toda una montaña, llenos de estatuas, fuentes, escalinatas de mármol, grutas preciosas, y cuantos primores pueden imaginarse para combinar el arte con la naturaleza; y para que todo sea descumunal y ciclopeo en *Pitti*, los Médicis abrieron un camino subterráneo (un *túnel* que diríamos ahora) entre este palacio y el de la *Señoría*, cuyo camino, que existe hoy, pasa por debajo del lecho del caudaloso Arno y va á parar á la *Galería degli Uffizi*.

La *Galería Pitti* se compone de diez y seis habitaciones en que hay colocados quinientos cuadros firmados por los mas grandes pintores del mundo, muchos de los cuales tienen allí sus obras maestras. Entrase, pues, en aquel lugar con un recogimiento respetuoso que se acerca bastante á la devocion.

Innumerables artistas, mujeres en su mayor parte, y entre las mujeres muchas inglesas, y entre las inglesas algunas muy lindas, hállanse encaramadas en altos andamios copiando las obras de otras edades.

Centenares de extranjeros (sobre todo americanos del Sur, rusos, ingleses y alemanes) discurren silenciosamente por aquellos salones.

Las mas elegantes y emprendedoras beldades de Florencia, elegantemente vestidas á la parisien, acuden allí, con pretesto de admirar los cuadros, á que las admiren á ellas los *touristes*, y estos, por su parte, no se desdeñan de dividir su atencion entre el arte y la naturaleza...

En la *Galería Pitti* hay hasta diez cuadros del divino *Rafael Sanzio*, que son: la *Vision de Ezequiel*, pequeña tabla que encierra una de las creaciones mas inspiradas y grandiosas de la pintura;—el *Retrato de Magdalena Doni*, amiga del artista, tipo bellissimo que le sirvió de modelo (y no la *Fornarina*, como se cree por la generalidad) para sus Virgenes mas inocentes é ideales;—el retrato de *Angelo Doni*, hermano de Magdalena;—la *Madonna dell' Impannata*, ó sea del *Encerado*, llamada así del que se ve en el fondo del cuadro;—un *retrato del papa Julio II*;—un *retrato del Cardenal Bibbiena*, del que hay otro repetido en el museo real de Madrid;—un *retrato de Tomasso Inghirami*;—la *Madonna del Baldachino*, obra de los mejores tiempos de Rafael, en que se ve á la Virgen sobre un trono, y debajo, cuatro santos de pie adorándola, y en medio de los santos, dos preciosísimos ángeles;—la *Madonna* llamada del *Gran Duque*, tan estimada del duque Fernando, que la llevaba consigo siempre que viajaba; y finalmente, la famosa *Virgen de la Silla*, llamada por un critico: «una de las obras mas célebres, no solamente de Rafael, sino de la pintura italiana y del arte en general.»

La *Virgen de la Silla* (*Madonna della Seggiola*) es la obra capital del *Palacio Pitti*, como la *Venus de Médicis* lo es de la *Galería degli Uffizi*.

El maravilloso cuadro de que nos ocupamos es un óvalo pequeño (de poco

mas de una vara de mayor diámetro), pintado en madera, dentro del cual se ven admirablemente agrupadas tres figuras: la Virgen, sentada en una silla; el Niño Jesús, reclinado en el seno de su madre y rodeado por sus brazos; y San Juan Bautista, niño también, adorando á aquel de quien era el precursor.—La Virgen no es la figura mística, ideal, angélica, que pintaba siempre Rafael para representar á la Reina de los cielos: es María mujer; es la nazarena; es la madre del hombre, llena de hermosura mortal, de gracia humana. De todas las Vírgenes del de Urbino, esta es la única cuya mirada se cruza con la del que la mira; cuyos ojos no se bajan con modestia. Si yo considerara en este momento á la *Madonna della Seggiola* bajo un punto de vista religioso, místico, filosófico, diría que por lo mismo que es la mas terrenal y seductora de las Vírgenes de Rafael, por lo mismo debe calificársela como la menos inspirada, como la menos sublime, como la mas vulgar de todas ellas; pero considerándola bajo un punto de vista artístico, pictórico, académico, tengo que confesar que no puede darse figura tan bella, tan encantadora, tan graciosamente colocada, tan lujosa y elegantemente vestida como la hija de Joaquin. «Es el modelo de la belleza ideal, dice *Viardot*, pero no como la entienden los cristianos, sino como la entendían los griegos.»—*Miriam*, pues esta es la ocasion de llamarla así, recuerda á Sara, á Rebeca, á Esther, á Ruth y á otras hermosas mujeres del Antiguo-Testamento. Su cabeza ostenta una toca ó turbante amarillo, rayado de azul y rojo, dispuesto á la manera oriental. Un rico schall verde con franjas de brocado y flecos de oro cubre sus hombros y envuelve su seno. La túnica es también lujosísima, de una recia tela de color de escarlata. ¡Y qué movimiento el de su cuerpo, enarcado para mejor apretar contra su pecho al tierno niño! ¡Qué graciosa inclinación la de su cabeza! ¡Qué mirada aquella, fija en el que la mira! ¡Cuánto arte y cuánta naturalidad en los menores accidentes!—Jesús es también notable por su angelical hermosura; pero lo es aun mas por la espresion de tristeza que anima su pálido semblante. «En él se lee, dice *Viardot*, el sentimiento de la víctima resignada á un sacrificio que dejará, entre los hombres á quienes habrá salvado, mayor ingratitud que amor y reconocimiento.»

Después de las obras de Rafael, han llamado mas particularmente mi atención los siguientes cuadros:

Las Parcas de Miguel Ángel, en que aparte de la valentía del dibujo y la habilidad de la composición, he admirado la idea del soberano artista de representar á las hijas de Erebo, no en tres bellas diosas mas ó menos lúgubres, como hacían los griegos, sino en tres fortísimas y espantosas viejas que hacen pensar en las brujas de Macbeth:

La renombrada *Bella* de Ticiano, ó sea su querida, que según unos era una duquesa de Urbino, y según otros una hija del Palma el Viejo; magnífico retrato, pintado magistralmente, que representa á una niña sensual, ó sea á una joven inocente, acaso próxima á dejar de serlo, blanca y rubia como Venus Afronita, lujosamente ataviada, pero con el traje tan desceñido que deja ver los primores de su albo seno, y (¡raro capricho, que bien pudiera ser una alusión á la

venalidad de la joven!) adornada con una gruesa cadena de oro, que le ciñe el cuello, y entretenida en admirar otra cadena del mismo metal que tiene en las manos...

Un *San Bartolomé* de nuestro Rivera (*del cavaliere Giuseppe Rivera, spagnuolo; detto lo Spagnoletto*, dice el catálogo), admirable pintura, no tan bella como la que tenemos en Madrid del mismo asunto y del mismo autor; pero notabilísima sin embargo:

Un *San Francisco Asís*, firmado de este modo: *Josef Rivera, español, 1645*, y un *Retrato de un Italiano*, obra también de nuestro compatriota:

Un *Adán* de Alberto Durero, admirable representación de aquel pobre hombre, á cuyos pies ha pintado el artista un pavo real y un ciervo, símbolos de la vanidad y la cobardía:

Una *Virgen de Murillo*, rubia, pálida, débil, andaluza á pesar de todo, graciosísima, pero tan inmateral y mística como las mejores *Concepciones* del Rafael sevillano que se conservan en España:

Otra *Virgen de Murillo*, la del Rosario, con el Niño Jesús, que tiene en las manos una corona de rosas.—(Dice el catálogo de la Galería Pitti que el Gran Duque Fernando III compró este cuadro en 900 escudos (18,000 reales) al pintor *Fedele Acciaj*, que la había adquirido del negociante romano Cartoni...—Y yo pregunto: ¿á quién se la compraría el negociante?)

La célebre *Magdalena* de Ticiano, de la cual ví una repetición en Venecia, y otra no recuerdo dónde.—En esta obra magistral no se distingue solamente el pintor de las *Venus* como inimitable colorista, sino también como correcto dibujante, así como por la espresion altamente cristiana de los afectos.—La penitente es hermosísima y tiene labios y ojos de ser lo que había sido, pintados como Ticiano pintaba los encantos de la mujer; pero esos labios y esos ojos revelan ya todo lo que el arrepentimiento había labrado en el ánimo de la pecadora. Magdalena levanta los ojos al cielo y murmura una plegaria: hállase desnuda; pero sus manos cruzadas retienen contra el seno aquella abundante cabellera con que enjugó los pies de Cristo, y de este modo oculta los tesoros de su mortal belleza. Sobre las rocas en que se halla medio escondida, se ve un elegante vaso que recuerda el óleo precioso con que la amiga de María untó en el sepulcro el cuerpo del Crucificado.—En este vaso escribió el artista su nombre: *Titianus*.

La *Judith* de Cristóbal Allori, notable por su hermosura y terrible espresion, así como por la idea que tuvo el pintor de retratar en ella á una querida suya que le daba muchos disgustos, y de retratarse él mismo en el dormido Holofernes:

El famoso *Baile de las Musas y Apolo*, pintado por Julio Romano sobre fondo de oro y en pequeñas dimensiones, para adorno de la tapa de un piano:

El *Martirio de Santa Agata*, de Sebastian del Piombo:

Un cuadro grande de *Beato Angelico*...

Y no digo mas... no puedo decir mas; pues á cada momento acuden á mi imaginación nuevas obras maestras de esos artistas y de los demás que llevo citados en este libro... Allí Vinci; allí Velázquez (tres retratos, uno de ellos de